

La **realidad** de un **sueño**

Juan Pablo Ibarra

Me enteré un 17 de febrero mientras pasaba la tarde; estaba aburrido de repasar el mismo baile toda la clase y con un sol gigante en una cancha sucia y sin techo, más adelante, cuando la clase terminó, la maestra, una muchacha delgada con piel morena y un acento que se escuchaba algo raro, nos repartió unos pequeños papelitos impresos con un letrero que decía: “19 de febrero del 2016. Audición para El Ballet Folklórico Infantil de la Universidad de Colima, Los Niños de Colima, 17:00 horas en el Departamento del IUBA”, y además contenía una imagen hermosa y descriptiva de lo que se puede llegar a lograr. De hecho, ese volante todavía está guardado en mi mochila.

Cuando lo leí, inmediatamente pensé en mi mamá, una mujer no muy alta y con tez blanca, quien tenía los mejores deseos para mí, por tanto ella anhelaba, desde que comencé en la danza, que triunfara y llegara hasta donde me fuera posible hacerlo, siempre pensando en la cima.

Luego de la escuela y del ensayo de danza, iba hacia mi casa en el camión y pensaba en lo emocionado que estaba por contarle a mi mamá, ya que no quería decírselo por teléfono ni por mensaje, quería conocer su expresión en cuanto se lo contase.
Esa vez mis padres llegaron tarde a casa y seguía sintiendo esas ganas de contarle a mi madre, pero esperé a que llegaran ya que ella me había dicho, por mensaje, que estaban en una plaza comercial pagando unas cosas. Le dije que ya quería verlos.
Cuando cenaba por fin llegaron a la casa e inmediatamente saqué el papelito de mi mochila, lo desdoblé, se lo di, lo leyó y me contestó con una expresión que sinceramente nunca me espere, estaba deseando que se alegrara y que se pusiera feliz, pero ella sólo quiso ponerse de acuerdo en los horarios porque el día de la audición se le complicaba por sus ocupaciones.

Terminé de cenar y le conté a una amiga que también le gusta el folklor y ella sí se puso tan feliz como yo. Al día siguiente, jueves 18 de febrero, como cada martes y jueves me quedo en la escuela para tomar un taller de pintura rangeliana; entonces a una de mis compañeras, delgada, alta y con una voz un tanto irritante, le platiqué de mi gran oportunidad. Le conté porque no quería ir solo a la audición y dijo que tal vez iría, así que su mamá, la maestra, dijo que lo pensaría.

Me sentía tan nervioso por la prueba que hasta me puse a investigar sobre ella, si costaba, si tenía que inscribirme, y descubrí que debía apuntarme e inmediatamente contacté a mi madre por teléfono y le alcancé a entender que al día siguiente, viernes, antes de la audición, iríamos a inscribirme. Me despreocupé por completo y me fui a mi casa al término de la clase de pintura, pero cuando estaba a punto de dormirme, me puse a escuchar música y enseguida comencé a preguntarme qué me pondrían a hacer en la audición y qué debía hacer para entrar al ballet, no dejaba de pensarlo hasta que caí como un roble dormido en mi cama.

Cuando desperté al otro día, el día en que por fin sabría si servía, si podría y si seguiría bailando, me desperté como siempre a las 5:00 de la mañana y salí de mi casa directo

a la escuela, y como no tenía tareas pendientes, me sentía realmente despreocupado, aunque eso me inclinaba a pensar aún más en la audición, pues era del ballet de la Universidad, ¿quién no?

No recuerdo qué sucedió durante todo el día, la verdad es que no veía que se hicieran las 5:00 de la tarde. Por fin mis padres llegaron por mí, tarde, pero llegaron; íbamos corriendo durante el camino, llegamos. Era una fila completamente larga, de todo el frente del IUBA, había adultos, niños y niñas de todas las edades y de todos los tipos. A algunos se les notaba la experiencia, a otros muy poco, y muchos, creo, estaban ahí gracias a que iban pasando y vieron la gran cantidad de personas.

Adentro del instituto había apenas una fila de algunos 10 niños menores a 15 años, alcance a ver esa fila pequeña cuando iba entrando y me formé ahí, por un instante fui el último pero cuando fue mi turno, inmediatamente pasé al escritorio en el que me atendió una joven de unos 25 años, con blusa rosa personalizada y su cabello muy bien recogido, y aunque tenía una mirada fija me estaban destanteando sus lentes mientras le decía mi nombre y mi edad, así que volteé a ver la hoja con las decenas de nombres de niños y niñas que deseaban lograr su sueño y estar en el BFINC, el mejor ballet folklórico infantil, al menos de Colima y sus alrededores.

Después del registro nos sentaron en un área donde el piso había cambiado y no existía un techo más que el del cielo azul, con esos grandes algodones de azúcar, las nubes. No hacía calor pero el sol estaba en todo su esplendor.

Nos dieron un número para identificarnos y seguíamos formados al mismo tiempo en que registraban y pasaban más niños, "del otro lado". Pasados unos 15 minutos, cuando ya éramos unos 50 o 70 dentro de la escuela, unas personas de apoyo, mayores y vestidos en uniforme, nos dieron la indicación de pasar al salón; no era un camino largo, pero en él había jóvenes y niños con su camisa personalizada y vestidos de negro.



“Ana Mérida” así era llamado el salón, el suelo era de duela, encerado, suave y limpio, pero sólo con diminutas ventanas alrededor, mientras que el techo era como el de un auditorio y enfrente del salón había un espejo, un largo espejo que rodeaba una de las cuatro paredes del aula. Arriba de éste una pequeña cabina de sonido y, al lado, unas cuantas gradas, sillas de madera como las de un teatro, pero sin esa misma comodidad.

Estando todos revueltos, todos emocionados, nos dieron algunas palabras de bienvenida y que ya habíamos dado uno de los tantos pasos para entrar al ballet. Durante una hora caminamos por toda el área del salón de distintas maneras, algunos con tenis y algunos con zapatos, pues no teníamos la indicación de si traer zapatos o tenis; bailamos algunos pasos que yo ya conocía y que gracias a mi poca o mucha experiencia, ya dominaba.

Mientras tanto, tuve la oportunidad de voltear a esas pequeñas gradas y vi a maestros de la escuela, pues tenían la pinta, pero hubo uno que me llamó mucho más la atención. Era un hombre viejo, un tanto desgastado y tuve la sensación de que, sí, era él, Rafael Zamarripa, el maestro de la danza, tenía el cabello entrecano y sus arrugas parecían haber valido la pena, daban fe de que sus tiempos los había disfrutado tanto como yo espero hacerlo. Él era el sabio que supo cómo compartir, cómo enseñar y cómo satisfacer a los demás repartiendo sus conocimientos.

Me sentí nervioso, pero cuando esa primera etapa terminó, enseguida me llegó la tranquilidad. Nos llevaron a otro salón, entonces caminamos por un pasillo que conectaba a otro lugar, le llamaban el patio, aunque no era muy grande y tenía piso de cemento.

El nuevo salón era aún más grande, el piso era igual al anterior, sólo que estaba mucho más encerado, también había espejos y tenía al rededor barras de metal rojas, para ballet. El maestro tenía barba, era alto y cuando llegamos creo que estaba calentando con ropa oscura y su camisa tenía un estampado con el título: Grupo de Baile, Dale Play.

Ya cuando todos estábamos acomodados y adentro, sin zapatos ni calcetas, con nuestros pies naturales, inmediatamente el maestro nos gritó: ¿sabían que un bailarín es considerado un deportista, y de muy alto rendimiento?, por lo que la danza y el baile son un deporte. Ya que nadie respondió, puso la música, la cual parecía que nos llevaba de un salón a la playa, tenía cientos de instrumentos, era rápida y movida, con un ritmo muy divertido, hasta parecía de una película de caricaturas. Nos enseñó un rápido baile tipo hip-hop y jazz; poco a poco nos lo fue enseñando y corrigiendo. Trataba de ponerle todas mis ganas porque mientras estábamos bailando un rápido ritmo, una mujer mayor a 30 años, vestida de rosa con el logo de la escuela, nos calificaba, al menos eso parecía, llevaba unas hojas blancas, imagino que eran las hojas del registro del inicio.

Ya todos exhaustos y sudados nos llevaron a ponernos nuestros tenis o zapatos y después nos condujeron al antiguo salón, nos formaron, poco apoco avanzando conforme llegaban por cada quien.

Todas las personas de apoyo nos decían que ya se había terminado la audición, y que para algunos era la primera y última vez de estar ahí, mientras que para otros era sólo el comienzo.

Cuando salí del salón recogí las cosas que llevé y bebí casi la mitad de mi botella con agua. Cuando la tapé, volteé a ver el reloj de unas de las paredes de la entrada, eran las 6 y enseguida vi a mi padre en la puerta del IUBA. Antes de salir pregunte a un staff por la fecha en que saldrían los resultados. Me dijeron que al siguiente martes y solo pensé en lo esperanzado que estaba de entrar.

Salí, subí al carro y lo único que hablé con mis padres sobre la audición fue lo siguiente: demasiado fácil. Creía y estaba casi seguro de que entraría, y lo único que pasaba por mi mente era en lo que me esperaba estando dentro. Me acosté ese día con la esperanza de que tenía un futuro increíble en el ballet; me dije: espera al martes, y entré en un profundo y maravilloso sueño.